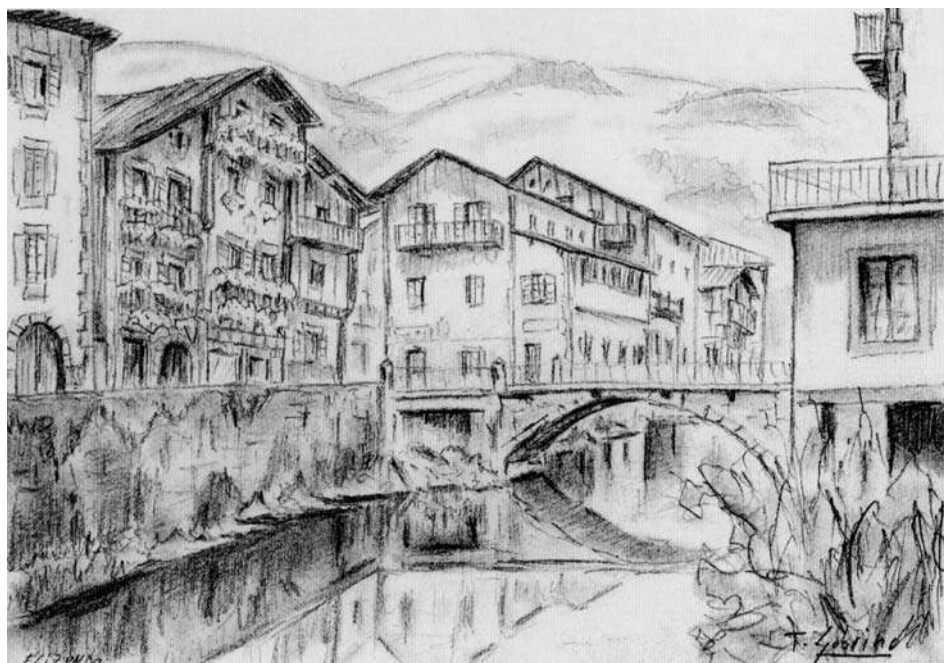


RIO ARGA

REVISTA DE POESIA



PAMPLONA **88** 3^{er} y 4^o TRIMESTRE 1998

CAJA DE AHORROS MUNICIPAL DE PAMPLONA

Director:
VÍCTOR MANUEL ARBELOA

Consejo de Redacción:
JOSÉ LUIS AMADOZ, JUAN RAMÓN CORPAS, BLANCA GIL,
JESÚS GÓRRIZ, JESÚS MAULEÓN,
ALFONSO PASCAL ROS, MAITE PÉREZ LARUMBE

Edita: Caja de Ahorros Municipal de Pamplona.
Avda. del Ejército, 2

Correspondencia y suscripciones: Apartado de Correos, 221.
(Dpto. de Publicidad y Relaciones Públicas)

Precio del ejemplar: 300 Ptas.

Suscripción anual: 850 Ptas.

Depósito Legal: Na: 1573-1976

Imprime: GARRASI, Avda. Barañain, 52 - Pamplona.

RIO ARGA

REVISTA DE POESIA

COLABORAN

Goreti Alzuri, Víctor Manuel Arbeloa, Isabel Blanco, Victoriano Crémer, Iñaki Desormais, Damián Iribarren, Socorro Latasa, Gregorio Luri, Ignacio Lloret, Carlos Mata, Modesto Miqueo, Alonso Q. Montesinos, Santiago Montobbio, Salvador Muerza, Maite Pérez Larumbe, Gaudencio Remón, Antonio Rodríguez, Agustín Sancho.

ILUSTRA

Tomás Sobrino

DÁMASO

Para este número doble, que ha amontonado el otoño con su seroja, un grupo de colaboradores ha enviado un ramo de poemas sobre y en torno a este inmenso poeta, lingüista, crítico literario, profesor, conferenciante y académico, que fue y sigue siendo Dámaso Alonso (1898-1990).

Antes de que él nos acercara a Lope, Góngora, San Juan de la Cruz y a todo el siglo de oro, su libro **Hijos de la ira** (1944) nos revolvió no sólo la poesía sino la vida. Libro capital en la posguerra española y europea, abrupto, violento, un sí no es efectista, trascendente y cotidiano, donde el hombre lucha con la sombra de Dios o con Dios mismo a brazo partido por la duda, la esperanza y el espanto. ¿Un Dios vacío o vaciado mira impertérrito la miseria del hombre y el caos del cosmos?

**¿A dónde va esa mujer / arrastrándose por la acera,
ahora que ya es casi de noche / con la alcuza en la mano?**

Esa pobre mujer con alcuza existió, pero todos nosotros caminábamos con ella.

La poesía existencial y religiosamente angustiada fue serenándose en libros como **Hombre y Dios** y otros posteriores, que traían ecos barrocos, y hasta de Machado o de Unamuno, en torno a un Dios creador de la belleza del universo, al que nos llevan implacables el río de la vida -**A un río le llamaban Carlos**-, la enfermedad, la vejez y la muerte:

**Una idea de viento huracanado
como el soplo de un dios posible, surge
del inminente hueco impenetrable.**

* * *

Tras las colaboraciones habituales, en verso y prosa, **Río Arga** no puede pasar un número más sin traer a estas páginas la memoria y, con ella, los sonetos de Agustín Sancho, que están entre los más hermosos -algunos tan damasianos-, que se han escrito en España, desde Lope y Quevedo hasta hoy.

Su viuda pamplonesa nos trajo la antología de sonetos y romances, publicados en las mejores revistas de su tiempo. Hace unos meses murió en Pamplona y fue enterrado en su cementerio, sin que, desgraciadamente, nosotros nos enteráramos. Es, pues, a la par, un homenaje y una urgente «reparación colectiva». Él colaboró en los comienzos de la revista, y algunos de nosotros escuchamos su excelente voz y su exaltada risa. Sabía de memoria todos sus poemas y su recitación era más que una fiesta: era la celebración exaltante del hombre, del cosmos y de su creación.

Y, además, es Navidad.

El Director

DAMIÁN IRIBARREN

¿TE ESTÁ CANTANDO DIOS O TU LE SUEÑAS?

*A D. Miguel de Unamuno
mirlo muerto en el Árbol de la vida.*

De sueños y esperanzas vas llenando
el cuenco amargo y triste de la vida,
mientras dudas si es gracia o mala herida
esta angustia que en vida vas pensando.

De todo pensamiento vas dudando;
tu ardiente fe con la razón reñida.
Tan sólo en tu agonía consentida
encuentras luz para seguir soñando.

Te siente inmortal y consumado.
Te importa el tiempo y andas cada día
buscando a Dios oculto entre las peñas.

Filósofo que en sueños has cantado
tu sed crucial de Dios y tu agonía,
¿te está cantando Dios o tú le sueñas?

A MEDIO VUELO, EL AIRE

(Noche oscura)

*A medio vuelo, el aire
florido y derramado viene,
cansado y padecido
buscando, en el silencio, noche.*

*Desnudo viene y se oscurece
pues quiso amor dejarlo herido
y así, por la escondida noche,
curar procura sus olvidos.*

*Perdida su costumbre,
reposo guarda y se retira ahora,
pues solo pensamiento puede
curar olvido y dar memoria.*

*Hallado ya el recuerdo,
buscado origen, se desliza
y en vértigos se pierde
urdiendo trama y laberinto.*

*En ciega luz metido
y no pudiendo hallar respuesta,
entiende que la vida es sólo vuelo
y así repite su costumbre
alzando el vuelo nuevamente.*

*Advierte que la vida no es cimientto.
que si ciertas son cumbres y son ríos
el hombre es sólo un vuelo que se corta.*

*A medio vuelo, el aire
desnudo encuentra noche y sabe
que no es recuerdo su costumbre
ni trampa y laberinto su existencia,
que sólo el vuelo empuja
y es la noche respuesta a su camino.*

BRUÑIDO EL AIRE

Bruñido el aire -ya ascendido-
hasta mis ojos vuelve
luciendo vuelo y estrenando danza.

Delgada desnudez
-el alma dividiendo-
mi esencia, lámpara de olvidos,
en clara luz enciende.
Así alumbrado, el tacto pierdo
y la razón conquisto.

Bruñido el aire -ya llegado-
entre mis labios juega
cantando el vuelo en melodía.

Dolida ingravidez
-el alma compungiendo-
mi corazón despierta
alzando sus aceros y cristales.

Un pájaro no acierta melodía
y espera en la enramada inútilmente.

Bruñido el aire -ya pasado-
entre mis manos queda
dormida el ala en el recuerdo.

Pequeña fantasía
-el suelo acariciando-
así el amor se alarga y persevera
en esta compasión del tiempo
que vuelve con el viento cada tarde.

M^a SOCORRO LATASA MIRANDA

A DÁMASO ALONSO

Nunca he gemido como el huracán
ni ladrado como un perro enfurecido,
pero hijos de la ira,
a veces fueron mis versos.
Nos urgía la voz. Urgían las premisas
cuando apenas los días eran sólo una traba
y enquistada en el odio crecía la injusticia.

Crecía.

... Pero no retrocede.
Con su festín de máscaras y sombras,
en cualquier latitud, a cada instante,
avanza, se expande, ondea su bandera,
empañando con su mano húmeda de noche
los cristales tibios donde el azul
se asoma una mirada transparente.

Y hay un niño llorando,
una mujer con alcuza,
y muertos -irremediabilmente muertos,
subrepticamente asesinados-

mientras la sombra de Caín huyendo.

MODESTO MIQUEO

SONETO QUE QUIERE RECORDAR A DÁMASO

*Podrás herir la carne
y aún retorcer el alma como un lienzo:
no apagarás la brasa del gran amor que fulge...*

DÁMASO ALONSO

Sabiendo, como sé, que la esperanza
es una comezón, una porfía,
un empuje tenaz que desafía
a cualquier espejismo que le alcanza,

veo como una angustia la tardanza
que demora su luz y desconfía,
y vuelve a confiar, con la manía
de ver borrada mi desesperanza.

Sintiendo, como siento, el duro brillo
que refleja la sangre de esta herida,
brindando su escozor a mis razones,

he logrado para tanto cuchillo
como andaba en el cauce de mi vida
ilusa de soñar sus ilusiones...

*Me persiguen mis versos igual que una jauría
de mastines rabiosos, me acosan, me rodean...
Me persiguen mis versos como abejas en celo
que querrían clavarme su aguijón venenoso;
Me persiguen mis versos tercamente, con furia
por el solo delito de haberlos alumbrado.*

SALVADOR MUERZA

Y tal vez nunca,
ya lo advirtió Don Dámaso,
llegue esa mujer a la estación.

Ausente está la tarde,
desvincijada la hora del regreso.

Y con polvo de siglos
los muebles de su hogar.

El tiempo es gris
y las horas violáceas.

Los ralles no esperan
ninguna despedida.

Todo inmóvil como un péndulo
sin agujas de referencia.

Herrumbre es lo que queda.

Todo tan mío
como ese tren,
como esa mujer,
inexistentes.

*ESTE DORADO SUEÑO DE LAS HOJAS
que inevitablemente del árbol se desprenden
son memoria de un día esperanzado
donde el amor ardió hasta quemarse.*

*Este dorado sueño que hoy habita
el otoño sin fin
es vida todavía que recuerda
el origen de tanto escalofrío.*

*Este dorado sueño despabila
la sed sobre los labios
desvaneciendo alcores, lejanías.*

*Este dorado sueño
me recuerda
que nada acaba cuando todo empieza
a ser metamorfosis de todo lo latente.*

*Este dorado sueño de las hojas
la memoria de ti
que me sustenta.*

GAUDENCIO REMÓN BERRADE

A ÁNGEL URRUTIA POETA DE LA MUERTE

¿Qué le diremos por la noche al amigo dormido?

Cesare Pavese

Asistiré a mi muerte entre las alas
de un ángel dolorido de agonías
que cultiva angustiosas poesías,
ungüéndome de huesos y de balas.

Subiré asustadizo las escalas
de los catorce versos-elegías,
porque quiero besar las plantas frías
de mi estatura, antes que las palas

del cementerio cubran mi apellido,
mi corazón escrito y la pastora
de mi sangre, de nombre adormecido.

Después, bajo la arcilla cobertora
gozaré de mi nada, ya no herido
por aquella agonía clavadora.

POR NADA

ENTUSIASMO del odio.

Ojos del mal querer.

Turbio es el hombre.

Turbia es la mujer.

Miguel Hernández

*Por nada ensangrentó Caín su mano
y por nada renueva la quijada
su berrido de muerte desatada,
por nada tirio tú, que yo troyano.*

*Por nada el hombre fiero da a su hermano,
sin consumir su voz, la dentellada.
Y por nada la vena siempre alzada
se agiganta y se clava en el humano.*

*Por nada la contienda toma nombre,
por nada ¡que veloz! vuela el acero
airado por el aire de la nada.*

*Esta historia es el hombre contra el hombre
y este suelo tan sólo el vertedero,
de sangre derramada por la nada.*

SI DIGO FEDERICO

*Y qué hermoso,
Alguien puede abrazarte en tus poemas.*
A.P.R.

Si digo Federico, sueño lunas,
si Granada, me rasgan sus guitarras,
si noche, las sonámbulas cigarras
jalean de verdor las aceitunas.

Amapola en los muslos de las prunas
soledades de pena de pizarras,
y baila como alondra entre las parras
de la fruta de lágrimas morunas.

Por el cobre del verde anochecido
un ángel bisexual se toca el piano,
y recita pecados de doncel.

En vuelo, por el río sorprendido
de jadeos de jondo amor gitano,
mariposas heridas van con él.

TERNURA

Porque
te quiero,
más que vivirte
te sueño.

V.M.A.

*Ternura es acoger con mi mirada
tu mirada de amor menesteroso,
acunar mis espigas en el coso
de tus manos de noche desvelada.*

*Ternura es espantar la madrugada
con un alba de yemas en acoso,
como un canto de alondra jubiloso
que alborota la luz de la alborada.*

*Ternura es habitar entre tus brazos,
serenar en tu cielo mi barbecho
y esconder en mi gleba tu semilla.*

*Ternura es cultivarme en tus regazos
como grano de trigo que en su lecho,
espera de tu dios, la maravilla.*

GORETI ALZURI LASARTE

Bapatean, ustekabean,
gogoz ekin dio,
indarra dauka eta aurrera doa.
Erabat inguratu nau,
askaezinean nabil
baina indarririk egin gabe.
Lehenagokoa guztiz ahaztua
oraingoari bidea zabaldu,
aurrera joatea utziko diot.
Zergatik ez?

Hurbil ikusten zaitut
baina hurrun sentitzen.
Ezinaren minak mehatxatzen nau
baina ez nau beldurtzen
baiezkoaren grinak tira egiten dio,
lehia bizian diraute
baina ez dakusat irabazlerik

Bapatean, ustekabean,
barru-barruraino sartu,
argi bat piztu eta bertan geratu.
Zeruan barrena hegan ibil naiteke,
baina gezurrezko laino baten gainean,
benetako hodeia aurkitu nahi nuke
baina norbaitek nik baino lehen harrapatu du.

Bapatean, ustekabean,
ongi etorria eman nion bezala,
agur esatera behartuko ote nau?

ISABEL BLANCO OLLERO

TACTO DE MIEL

Las yemas de mis dedos giran
haciendo pequeños agujeros en tu espalda,
sienten un tacto de miel con raso
y vuelan despacio por tu piel desnuda.

Mis párpados lentamente se cierran,
mis ojos viven una luminosa oscuridad
que poco a poco flota
en el mar de tus olas cansadas.

Los dos buscamos vino y sal
acompañados de juegos
que con cierto hechizo solapado
consiguen crear dulces semillas
y siempre florecen en nuestra tierna marea.

Recuerdo que antaño tuvimos un techo de barro,
débil playa de arenas marchitas,
ahora, ya no hay más amores pendientes.

Sabes que salgo a esperarte
que con hilos muy finos he tejido tu almohada
que mi espera es silencio,
mi ser es quererte,
y retorna tu cuerpo desnudo
y ansioso, respira mi tacto de miel con raso.

IÑAKI DESORMAIS

LA HUELLA

La buena vida es resplandor que pasa
la basura se agarra
desafía lentas humillaciones
apenas se impone
y disimula en los adioses

tanta naturaleza de pasar
tanto legado temporal
tanta disolución de sustancia y modelo
revelan que el esfuerzo no era todo
ni el camino
ni el pie

tan desolado como volver del polvo
es sabernos vendidos a la forma

no éramos pie ni zapatos
sólo huella que camina

INTENSA LUZ

*Tan intensa es la luz
que recorta tras de mí abismos negros
sin más suposiciones*

*estará siempre allí donde alguien roa una costilla
como el ausente corazón que fue arrancado
entre despojos urdido de silencio
tragedia sin noticia*

*sólo sabemos decir padres o dioses
Estados o patrones*

*búsqueda
de raza o de razón y no era eso
queríamos sonrisa feliz como la lágrima
cuando juega a los niños*

*la sonrisa feliz de un claro reino
sin rey ni nombres*

GREGORIO LURI

ESBOZO DEL VUELO DEL ÁGUILA

XXIV

Me alimento
con lo que veo en tus ojos
al mirarme
y a su fulgor
debo mi crianza.

XL

Con tu ausencia
me quedo sin mi.
Tu silencio
anula la presencia
de mi yo.
Mi alma no es real
porque se pueda describir,
diseccionar.
Sólo la siento viva
y, por tanto, mía,
cuando la luz de tu mirada
le concede
la experiencia de la perplejidad.

XLII

Tu corazón:
latidos de remos de agua,
palpar del ciego
en los ojos de la amada.

La frontera entre hombre,
bestia
y ángel

más que una línea
es un ritmo,
una cierta percepción de la armonía.

XLIV

Aquel pájaro
que vuela
allí arriba
soy yo
si tu me miras.

A veces
se olvida de sí mismo,
dejándose llevar
por un ligero impulso de las alas.

Vuela,
ciego de esperanzas,
hasta tu cuerpo,
donde muere el silencio
como se abandona el mar color de vino
en una playa propicia.

El amparo del puerto cálido de tu cuerpo
es certeza de la continuidad del viaje.

De tu cuerpo
el agua fluye
como la corriente del río del olvido:
y todo el tiempo
como el verbo
se hace carne.

XLVII

¿Y si tú,
finalmente,
también
estuvieses construida
por mi mirada?

¿Y si fueses mi máscara?

¿Y si yo fuese
la forma en que se recompone tu yo?
Sólo sé
qué es la tiranía:
todo intento
de cegar
la mirada del otro
y de disfrazar de verdad
la coherencia.

XLVIII

¿La sombra
que rodea incansable un árbol
qué quiere?

¿El viento
que arrastra hojas muertas, caprichoso,
qué busca?

¿Y quien dice que quiere ir de un sitio a otro
y no deja de dar vueltas
sabe a dónde va?

Damos vueltas
y como el caracol,
construimos el laberinto de nuestro yo.

No levanta el sitio la incertidumbre
y, sin embargo,
sentimos vergüenza
por no exponer
la autoría
del trayecto
de la propia vida
a la contemplación pública.

XLIX

¿Qué pasaría al regalar la propia memoria
a un vagabundo
y estrenar una emotividad
sin vergüenza,
en la calidez del rumor de un presente
sin fronteras?

L

Ella leía mi cara
con la yema de sus dedos
y lo comprendía todo
y yo creía
en la fidelidad de su gesto
y era feliz.

La verdad vive a menudo
en la autonomía del gesto
liberado
del control de la razón.

Cuando la peste llega de golpe
y las puertas de la ciudad se cierran
y se sellan,
si alguien gratuitamente
se para a hablar contigo,
queriendo disfrutar
simplemente
de tu presencia,
te regala la vida con su gesto.
Te entrega a la libertad de la gaviota
que se impone a la brisa de la tarde
y volando sobre el mar
va a esperar el alba.

Bienaventurado quien un día encuentra una mirada
esclarecedora de su alma.

IGNACIO LLORET

PERDONA ¿CÓMO HAS DICHO QUE TE LLAMABAS?

A Carlos le esperaba un viaje de mil quinientos kilómetros y había decidido hacerlo en coche porque empezaba a estar harto de los aviones. Había llamado por teléfono al hombre del anuncio, el que ofrecía su coche para viajar en esa misma dirección hacia un destino parecido. Habían quedado muy temprano cerca de la entrada de la autopista, al final de un barrio triste al otro lado de la ciudad. Se encontraron allí a la hora indicada. Carlos vio un coche que se pegaba al arcén y un hombre que salía del coche y que le hacía señas para que se acercase. Cuando llegó a su altura, Carlos se dio cuenta de que era más joven en la realidad, quizá unos pocos años mayor que él. Entonces se presentaron. Carlos dijo su nombre y el otro debió de decir también el suyo.

En seguida empezaron a hablar de una cosa y de otra, sin apenas preámbulos, como si se conocieran desde hace tiempo y hubiesen estado algunas semanas sin verse. Como habían salido temprano no estaban encontrando demasiado tráfico, de modo que circulaban deprisa y cómodamente. El hombre no era temerario, pero conducía rápido y disfrutaba dejando a los demás a su derecha. Al principio hablaron del viaje, de las ventajas del coche sobre el tren o sobre el avión, de las personas que uno conocía a través de esos anuncios, de las historias que sucedían para bien o para mal. Carlos se sentía a gusto y se reía con las salidas del otro con la risa larga de los momentos relajados. Echaba la cabeza hacia atrás hasta tocar el respaldo y lanzaba una carcajada para la que parecía faltarle sitio. Hablaban deprisa y por eso Carlos tenía la sensación de haberse topado con alguien capaz de encadenar sus comentarios con otros igual de ingeniosos. En unos cuantos minutos ya parecían tenerse la confianza de los amigos íntimos, de éstos que no necesitan recurrir a ninguna clase de pregunta para construir un diálogo. Además, el otro se dirigía a él pronunciando su nombre constantemente, como hace alguien que lo ha usado toda la vida. Aquello aumentaba la confianza de Carlos y le hacía sentirse todavía más cómodo. Fue esa costumbre de hombre de buenos modales, de hombre inteligente y educado lo que llamó más su atención, también lo que le hizo darse cuenta de que él había olvidado el nombre de su compañero de viaje.

A partir de ese momento, cada vez que Carlos oía al otro decir Carlos, reparaba en su descuido y hacía esfuerzos por recordar el nombre perdido del hombre que estaba a su lado. Regresó con la cabeza al momento en que se habían presentado, para revivir la escena con todos los gestos y las palabras que habían tenido en el arcén a primera hora de aquella mañana. Carlos recordaba el arcén y el coche en el arcén y al otro saliendo con una sonrisa y haciéndole señas, pero no recordaba más nombre que el suyo.

Cuando se encontraron con los primeros tramos de tráfico denso, el otro puso más atención en el volante, de modo que sus frases ya no fueron tan veloces. Carlos atendía por un lado a la conversación y por otro a los esfuerzos de su memoria para encontrar un nombre. Hubo un momento en que pensó en preguntárselo, pero luego se dio cuenta de que llevaban varias horas de viaje y varios años de confianza, y que por tanto era ridículo hacerlo, porque hubiese sido lo mismo que preguntárselo a su madre. Unos kilómetros más adelante ya no hubo más atascos, así que el otro volvió a hablar tan deprisa como antes y Carlos pudo seguirle, porque había decidido no preocuparse por algo tan pequeño.

Las letras del remolque de un camión le llevaron a creer que empezaba por eme, seguramente una palabra de dos sílabas con una consonante al final, un nombre común que él habría oído muchas veces. Pararon en una gasolinera de la autopista. El hombre dijo que iba a los servicios y Carlos pensó que ésa era su ocasión de buscar en la guantera cualquier documento del coche en el que vinieran todos los datos del propietario. Tuvo que darse prisa, pues el lavabo estaba cerca y en cualquier momento podía aparecer el otro y pillarle hurgando donde no debía. Carlos abrió la guantera al tercer intento y sólo vio cintas de música con las carátulas arrugadas y las cajas llenas de polvo. Apartó todas las que había y metió la mano por debajo para sacar los papeles clásicos del seguro o los del permiso de circulación que siempre empiezan por un nombre de dos apellidos. No había papeles en el fondo ni a los lados ni entre las cintas que todavía estaban dentro. Carlos levantó un segundo la cabeza, lo justo para ver a su compañero saliendo del servicio con el paso apresurado de un hombre de frases veloces. Sudó al meter las cintas porque le pareció que no había sitio para todas en el mismo espacio donde siempre habían cabido. El otro le encontró nervioso, pero Carlos se salvó diciendo que no soportaba el aire de las gasolineras.

Luego hablaron de lo que haría cada uno al llegar a casa, de ese primer rato de confusión que se tiene después de un viaje, cuando apenas se reconoce a los familiares. Carlos dijo que prefería deshacer el equipaje cuanto antes para olvidar en seguida las horas de carretera y crear una ilusión de rutina. El otro estuvo de acuerdo con él, porque había sentido lo mismo muchas veces, ese despiste de las llegadas que hace imposible cualquier actividad.

Aunque los dos decían lo que pensaban y se referían a su propia experiencia, se escuchaban sin descuidar los detalles. El hombre del volante solía decir «exacto, Carlos» o «tienes toda la razón, Carlos» o «¿sabes? Carlos», y era entonces cuando a Carlos se le empezaba a formar el nudo de los momentos difíciles.

Como le había fallado el recurso de la guantera, pensó que utilizando él mismo su propio nombre cada vez que fuera a decir algo, podría provocar frases parecidas, frases en las que el otro no tuviera más remedio que pronunciar su nombre. De modo que a mitad del viaje Carlos optó por practicar ese tipo de comentarios, que conocemos de las películas, frases como «así que me dije, Carlos, ésta no es la mujer que te conviene» o «Carlos, la próxima vez tendrás que hacerlo mejor», frases con las que se dirigía a sí mismo un consejo o una advertencia o una orden o una recomendación para el futuro. El hombre de al lado se reía porque a él también le resultaba familiar aquella forma de expresarse. Sin embargo, continuó hablando a su manera sin intención alguna de meterse en un diálogo de cine.

En las primeras horas de la tarde arreció el calor, y como no llevaban aire acondicionado se pusieron de acuerdo en hacer otra parada. Se sentaron en una mesa del bar y delante de sus bebidas de verano la conversación tuvo la misma intensidad que había tenido. Antes de que decidieran levantarse y volver a la carretera, se acercó una mujer hasta donde ellos estaban y se dirigió directamente al compañero de Carlos. Aún faltaba mucho para llegar, pero aquella mujer debió de reconocerle incluso en un lugar tan lejano, y no dudó un segundo en hablarle como lo habría hecho otras veces. Carlos la vio acercarse desde el otro extremo del comedor y en seguida supo a quién buscaba, porque ella no movía los ojos de su objetivo. Entonces pensó que por fin sabría cómo se llamaba su compañero de viaje, sin necesidad de artimañas que pudieran comprometerle. Sintió una mezcla de alivio y curiosidad; lo primero porque ahora podría viajar sin la presión del dato perdido, lo segundo porque tenía ganas de comprobar si era verdad que el nombre empezaba por eme y terminaba en una letra consonante. Cuando la mujer estuvo a su lado alargó la mano para saludar al conocido, y casi al mismo tiempo Carlos la oyó decir: «¡Qué casualidad, señor Méndez! ¿Qué hace usted tan lejos de casa?». Lo que hablaron después se perdió en el ruido del bar, en el de los cubiertos que golpeaban los platos y el de las voces de los camareros buscando la barra. Carlos no quiso escuchar, quiso salir cuanto antes para esconder su decepción por no haber conocido el nombre deseado, por haber oído únicamente un apellido común que empezaba a odiar con la misma lealtad con que se propuso odiar todos los apellidos.

Ya en el aparcamiento se echó a reír al darse cuenta de que Méndez empezaba por eme y tenía dos sílabas y acababa en consonante como ya había

adivinado el remolque del camión. Al cabo de unos minutos Carlos vio al señor Méndez salir del bar y dirigirse al coche, donde él le estaba esperando. Le habló de la mujer con la que acababa de estar, de su sorpresa al encontrarla precisamente allí, de lo agradable que resultaba que a uno le saludasen sus propios empleados. Carlos aprovechó ese comentario para preguntarle si no les permitía a ellos que le llamaran por su nombre de pila. La pregunta valía muchos puntos porque con ella Carlos pretendía obligar al señor Méndez a descubrirse de una vez, a abandonar la farsa del apellido como un antifaz que ya no necesitase. El otro contestó diciendo que cada cual era muy libre de llamarle como quisiera, y que no había que dar al tema mayor importancia. Lo importante, siguió diciendo, era que hubiese confianza entre las personas, confianza como la que habían conseguido ellos dos en unos cuantos kilómetros a lo largo del aquel viaje. Carlos se sintió halagado y tranquilo y volvió a reprocharse a sí mismo exagerar las cosas pequeñas hasta convertirlas en auténticos incidentes. Se preguntó si el señor Méndez habría notado su olvido de muchas horas, si le habría extrañado no oír pronunciado su propio nombre durante tanto tiempo. Pensó que a lo mejor el suyo era sobre todo un mundo de relaciones laborales en el que el primer apellido tenía un fondo poderoso y la música de las viejas contraseñas. El entorno de Carlos, en cambio, era un círculo de amigos donde no había nada más fácil que tutear.

Los últimos tramos de autopista volvían a estar llenos de coches, así que el otro prefirió ocuparse de los atascos. Carlos le seguía hablando con la confianza de siempre, con la de las personas que se conocieran desde hace tiempo y hubiesen estado algunas semanas sin verse. Los últimos temas del viaje fueron el calor de la jornada, los planes para el futuro y los bares de la ciudad a los que podrían ir el día que quedaran para encontrarse.

Al entrar en los primeros barrios la autopista se convertía en una ronda de muchos carriles en la que parecía muy fácil chocar. El señor Méndez sacó una agenda pequeña y le pidió a Carlos que apuntara sus señas para poder llamarle o escribirle. Luego le dio las suyas, mientras Carlos sostenía el cuaderno y se enfrentaba a la última ocasión de conocer el nombre de su nuevo amigo. Sin embargo, el otro dijo sólo una calle y el número de la calle y el código postal de la ciudad.

Al llegar a una plaza del centro, Carlos le pidió que parara allí mismo. Se bajaron los dos y sacaron el equipaje del maletero. Entonces se dieron un apretón de manos y Carlos oyó por última vez su nombre en labios del amigo. Eso le hizo sentirse culpable y nuevamente incómodo y se quedó callado mientras el otro volvía a meterse en el coche. Carlos se alejó unos pasos, pero antes de que el otro se marchase se acercó a la ventanilla del conductor, inclinó un poco la cabeza y dijo: «Oye, perdona, ¿cómo has dicho que te llamabas?»

ALONSO Q. MONTESINOS

POEMAS DE TODOS

En cuanto lo diste tú,
no es tuyo ya el poema.
Todos lo llevan
como llevan los pájaros las migas.
No intentes, impostor,
contagiarlo con tus sucios derechos,
porque ellos van derechos
a la gente.



LUNAS

*La noche de luna llena,
tú toda lunas:
lunas claras en tu cuerpo
y el alma a oscuras.*

RÍO DE NOCHE

Oigo el rumor de tu presencia oculta,
un eco de tu ser
que sólo es eso.
Mañana serás visión, frescura, fuente...
oh, ser en resplandor.
La noche te destruye, humanizado,
río de día.

POETA INMENSO

*Poeta inmenso:
el que quiere rimar
el universo.*

SANTIAGO MONTOBBIO

EL TEÓLOGO DISIDENTE

No existe la muerte, no ha existido nunca.
Aunque bajo su amenaza haya vivido el hombre,
en su mentira, no existe la muerte, no existe,
y si adivináis tras la luna el exacto rostro
de la ausencia, si con olvido miráis
la pupila oscura de la espera
entenderéis que no existe, que de verdad no existe
y que cómo iba a existir ella y qué nombre
hubiéramos podido darle entonces a esta tierra.

CONVENCIDO DE QUE ERA UNA MUCHACHA JOVENCÍSIMA

*me quedé confuso
cuando por el espejo advertí que había adquirido
una edad absolutamente imprecisa, como la que debe dar el amor
(recuerdo que pensé) cuando por el tiempo se pega en la piel
sin demasiado motivo. Lo que no me sorprendió, en cambio,
fue que su rostro recordara ya inevitablemente el de una tortuga,
pues si el espejo no mentía yo era sin dudas un ciendedos
cubierto con el fuego triste de unas apagadas lenguas;
entonces supe, como en un abrazo de mar y de noche,
que sólo en tuberías llenas de enferma saliva
podríamos abrazarnos todavía para fingir creer
que el horror de esa noche sin duda acabaría
y podríamos volver con la tristeza inevitable
al trabajoso infierno de la vida.
Mientras, podríamos, sí, abrazarnos como maderos rotos
en un mar de saliva, abrazarnos y abrazarnos sin medida.
Pero recordé de pronto que yo era pequeño, que seguramente
por haber salido hacía poco del colegio no sabía
la forma exacta en que deben aparejarse los ciendedos y las tortugas
y no por otra cosa nos limitamos a escribirnos versos sobre el cuerpo ajeno
para estrellar furiosamente su carne en las odiadas paredes
de su vida y la mía
mientras ordenábamos a nuestras sombras que bailaran
al son del tiempo y de su violín tristísimo.*

PARA EL MISMO INSOMNIO

No dormir es un infierno, y más aún quizá
saber la sorda sombra que amordaza
las arquitecturas invisibles del misterio.
Agujeros soy, muy lenta muerte y mientras
otra vuelta doy (no sé qué número) atravieso
las grietas donde suspira el mundo: no dormir
es un infierno, y aunque a veces recuerdo las manos
o el sol con que tejí versos con palomas
sordo en sombra conozco que aún lo es más saber
que no ha de acabar nunca mi destierro y que tampoco
puede fatigarnos el buscarme. (Dios no ve los agujeros).

CON BASTANTE OCTUBRE

*Otra vez las calles, para andar conmigo
y estar sin nadie. Otra vez las calles,
el vacío paquete de cigarrillos cada vez
más desleído y que es ya todo a lo que da nombre
la palabra ideales; otra vez las tardes, el peso
ingrato del erosionado extravío de mí, cómo,
en este bar, aquí o en cualquier recodo
otro de mí procuro detenerlo e intento
así aún palparme, sobre muslos recién llovidos,
en casi postal antigua, detrás de un beso
procuro representar el estúpido papel
del que necesita decirse que está vivo y sobre
la lluvia o la hamaca de la ausencia múltiple
tiento un principio -muerte mis ojos, muerte
mis ojos, muerte, o tal vez era muerde,
muérdelos- que pudiera hacer aún compadecer a las afiladas cinturas
de las cabinas de teléfonos. Pero callo. Pero
ni ese principio tiento (seguro que ya lo he
dejado escrito en otra parte u otro tiempo) y quizá
una prueba del grado a que ha llegado mi ruina o mi inconsciencia
puede ser el que ya no recuerdo, en este octubre, cómo
me daba caza y era feliz yo así, haciéndome daño
y mientras intentando vivir era la hora
en que se hundían los barcos en el alba.*

MAITE PÉREZ LARUMBE

ESTER CONTEMPLA A ASUERO

Libro de Ester

De qué modo sus dientes,
y sus separaciones,
esa suma de luces
que será diferente de mi temblor al verla,
cómo esa boca se vuelve cotidiana
y se conoce y posee el don de convocarla
al beso o a la duda...

La furia de una víbora
haría menos daño
que el dolor de sus labios en mi pecho.

ABIGAÍL

Libro I de Samuel, 25, 2-42

*La mal casada
tiene por bueno
un escorpión en el vientre.*

*Si es terrible el león
y aún más el crótalo
tormento ciego es el marido necio.*

*Cortejo de escalofríos
acompaña sus pasos,
sus caricias, como animal de escamas.*

*La leña no arde bien
ni el pan se esponja en la casa del fatuo,
su tesoro alimenta arenas movedizas.*

*Apártele el Señor la descendencia
por que no crezca el duelo,
por no aumentar el número de los desconsolados.*

*El hombre embrutecido
va sembrando la sal y la inquietud,
es plaga de langosta su discurso en la plaza.
Lo rehuye el sensato
y el jugador lo enreda
y la vida se llena de un cansancio de roca.*

ANTONIO RODRÍGUEZ JIMÉNEZ

UNA HEBRA DE ESPLENDOR

Amanece porque un hilo de luz, una hebra de esplendor acaricia
la suave tela del párpado. Los campos estarán fríos
en este otoño vestido ya de guirnaldas azules.
Huele, siento, respiro esa humedad de olivos
a punto de estallar. Oigo el zumbido de las abejas que beben incansables
de los viñedos.
el cielo es cristalino porque septiembre limpia el aire y las praderas, las
hierbas, el canto
azul de los pájaros, impregnado del color de los ojos, transformado en
memoria.
Los perros ladran junto al pozo cubierto por palos y viejas cajas de frutas.
Los madroños crecerán pronto. Florecerá la jara y las encinas lucirán sus
galas mejores.
La hierba huele y suena como un violín.
No hay mariposas aún, sólo crisálidas encendidas en las piedras
del bosque. Sólo arpegios, notas fundadas, naturalezas a punto de
extinguirse.
Ni siquiera la realidad es mía.

II

No bajas la voz. Nadie vendrá a escucharte.
Tras el cristal está el vacío: una nada gigante que mantiene un mundo
confuso,
oblicuo, aparte, al que no se puede acceder por las galerías
desiertas de ese corredor. Déjate llevar por la ingravidez de tus sentidos.
Deja que los demás hablen por ti. Tus parpadeos son hermosos.
Tan bellos como el discurso más elocuente, tan frágiles
como las alas de esa vieja mariposa que acaba de nacer.

III

Escribía nombres sin rostro en árboles, en troncos, en hojas.
Sentía el fluido de ojos familiares que desconocía por completo
y trataba de recogerlos en los confines distraídos de la memoria.
Construía frases gigantes, castillos, bloques de cuerpos, montañas de
labios.

Súbitamente llegó Vesta, la diosa de las enfermeras,
mi primer y último lazo con los seres vivos.
Separada, dos preciosas hijas de 17 y 13, y su vida dedicada a los
convalecientes.

Vesta comenzó a explorar los confines de mi cuerpo, esa misma
cáscara insensible que tanto amó en otros tiempos. Me mostró su
corazón

ante el silencio ruidoso de mis párpados.
Yo no pude abrirle el mío, cerrado por un tiempo.
Nunca logré explicarle que mi mudez era la muerte.

IV

Hay días en que no me falta el humor, aunque he de confesar que son
muy pocos.

Llevo aquí más de ocho meses. Un profesor iconoclasta me hizo sonreír:
«Querido amigo, sería peor si estuvieras encerrado
en una mazmorra medieval». Le mostré mi discrepancia
invitándolo a acompañarme durante 60 segundos.
Se introdujo por uno de mis ojos. Le dejé sitio
y cuando sólo habían pasado tres me rogó que le abriera la puerta.
Dijo que sentía claustrofobia.
Era la primera vez que dos individuos
compartían prisión en un miserable cuerpo humano.

V

Una luz azabache siente que pasas de puntillas.
Te ocultas de los árboles, huyes de los océanos
porque temes a las criaturas marinas.
Pero siempre me encontrarás allí, entre las piedras,

las rocas del fondo, entre las ramas
de gigantes que gritan ofreciendo sus ojos
al dolor de los hielos. Siempre estaré esperando bajo
el temor de tus lágrimas. Siempre aguardando, siempre
pendiente del hilo húmedo que cae de tu lengua
cuando miras en los más hondo de mis ojos.

VI

Nada turba mi frente.
Nada me atemoriza, a nadie temo.
Mi cuerpo es una silueta dibujada en el vacío.
Mi mente ya no es recuerdo. Sólo pienso.
Quisiera de todos modos volver a ser aquel muchacho.

(Premio Bilaketa, 1998)

CARLOS MATA INDURÁIN

LAS POESÍAS VARIAS (1806) DE VICENTE RODRÍGUEZ ARELLANO

Recupero en este trabajo la figura de Vicente Rodríguez de Arellano, escritor navarro que vivió a caballo de los siglos XVIII y XIX. Es autor de un libro de poemas, *Poesías varias* (1806), que merece ser recordado, cuando menos, por la escasez de obras similares en el panorama de las letras navarras de esas fechas.

1. Datos biográficos y caudal literario

Vicente Rodríguez de Arellano y del Arco (Cadreita, ? - Madrid, 1815) fue un abogado y escritor que usó los seudónimos Alberto de los Ríos, Silvio del Arga y Gil Lorena de Arozar (anagrama parcial de sus apellidos). También firmó sus obras como Vicente Arellano y el Arco, o bien con sus iniciales, D.V.R.D.A. Estudió gramática latina y humanidades en el Colegio de Jesuitas de Pamplona y Leyes y Cánones en la Universidad de Huesca, en la que se graduó de bachiller. Hizo prácticas durante tres años con su padre, e inició el ejercicio de la abogacía en Pamplona en 1779. Pasados varios años, se trasladó a Madrid, donde se hizo muy popular como autor dramático y poeta.

En 1800 se presentó sin éxito a oposiciones para las cátedras de Filosofía Moral y de Lógica y Metafísica del Real Seminario de Nobles de Madrid. Entre 1804 y 1806 desempeñó el empleo de escribiente cuarto de la Real Biblioteca, ascendiendo en esta última fecha a oficial. Pero en mayo de 1809 se dio de baja «por ausencia y no haber jurado al Intruso» (el rey José I) y se nombró a otro en su sustitución, aunque parece que fue restituido a su puesto en 1814, si bien por poco tiempo. Participó en la guerra de la Independencia como capitán de voluntarios de Navarra, y por los años de 1812-1813 residió en Palma de Mallorca, donde destacó por ser partidario exaltado del absolutismo monárquico en una sátira poética contra don Isidoro Antillón y sus amigos. Después del regreso de Fernando VII, fue uno de los que formaron la llamada Camarilla. Murió en Madrid a principios de septiembre de 1815 (cfr. Jerónimo Herrera Navarro, *Catálogo de autores teatrales del siglo XVIII*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1992, pp. 388-92).

En el ámbito de la lírica, Rodríguez de Arellano es autor de una silva dedicada a la muerte de Carlos III, *Navarra festiva en la aclamación de su católico monarca el señor D. Carlos IV* (Pamplona, Imprenta de Benito Cosculluela, 1789); ese mismo año dio a las prensas, también en Pamplona, *Extremos de lealtad y valor heroico navarro*; y años después publicó un tomo de *Poesías varias* (1806), que luego reseñaré con más detalle. En prosa escribió *El Decamerón Español o Colección*

de varios hechos históricos raros y divertidos (1805). Como dramaturgo desarrolló una intensa actividad en Madrid entre 1790 y 1806, siendo muy popular, aunque su mérito literario no sea excesivamente alto. Compuso, tradujo y refundió numerosas obras dramáticas: *A padre malo, buen hijo, Armida y Reinaldo, La Atenea, El atolondrado, Augusto y Teodoro o Los pajes de Federico II, Cecilia y Dorsán, El celoso don Lesmes, Clementina y Desormes, La dama labradora, El domingo o el cochero, El Duque de Pentebre, El esplín, La Fulgencia, Jerusalén conquistada por Godofredo de Bullon, La lealtad o la justa desobediencia, Lo cierto por lo dudoso, o la mujer firme, Marco Antonio y Cleopatra, La muerte de Héctor, La mujer de dos maridos, El negro y la blanca, La noche de Troya, La ópera cómica, El pintor fingido, Soliman II o las tres sultanas, Las tardes de la Granja, etc.* Se le debe también una traducción de *Estela*, novela pastoral de Florian (1797), y cuenta igualmente con varias traducciones de Ducray-Dumenil.

2. Sus Poesías varias (1806)

Su libro *Poesías varias de don Vicente Rodríguez de Arellano*, Madrid, por Repullés, 1806, va precedido por una cita preliminar: «Me quoque Parnasi per lubrica culmina raptat laudis amor...», de P. Jacob Vannier. Tras la dedicatoria «A la Excelentísima Señora Doña Joaquina María del Pilar Téllez-Girón...», fechada en Madrid a 5 de diciembre de 1805 (el autor habla de «estas débiles flores de mi rústico ingenio»), sigue un «Prólogo» (pp. 7-11), donde explica: «Yo quiero ser uno de tantos como escriben poesías en estos tiempos»; y se refiere a la diversidad de temas y formas estróficas del libro con estas palabras: «He procurado que fuesen interpolados los asuntos y especie de versos; porque como a mí me cansa el ver doscientos o más sonetos, &c. seguidos, creo que lo mismo sucederá a los demás» (p. 8). Y más adelante insiste: «Como el gusto de las gentes es tan vario, por eso en mis poesías he buscado la variedad; pues de esta suerte todos hallarán algo que se acomode a su genio» (p. 10). Indica que ha sometido sus composiciones al examen de personas cultas, y afirma que aceptará las críticas que procedan de personas inteligentes, no de necios, de forma que si su libro gusta, dará otro volumen a la estampa.

El libro se divide en dos partes. La «Sección Primera» se abre con una Oda al Altísimo», bajo el lema «A Jove principium»; son 10 estrofas de seis versos que riman 7a 11B 11B 7a 7c 11C (sexteto lira). En la primera se dirige a su musa para cantar «en tono elevado/al hacedor de todo lo criado», en las siguientes ensalza su papel de Creador, así como su Bondad y Clemencia.

Viene después una composición más extensa (ocupa las pp. 19-68), que ya había publicado como libro exento en 1789: «El valor navarro. Canto épico en honor de los cinco caballeros que libertaron de la prisión a su rey Carlos II de Navarra». Como ha resumido Fernando Pérez Ollo, es un «poema en octavas reales que canta a los cinco caballeros navarros que liberaron (1357) a Carlos II de Navarra de las prisiones francesas, hazaña entreverada con lances amorosos». (GEN, IX, p. 491). Las 92 octavas reales se completan con 5 notas aclaratorias. En la octava I el autor recuerda a su amada Celia; en la II invoca a Calíope para que le ayude a cantar «una acción por insigne y generosa / digna de lauro y de memoria honrosa»; la III resume el contenido, mientras que la IV y la V son una invocación al reino de Navarra para que escuche la

hazaña, escrita en octavas y no en prosa «porque tiene más alma y providencia / en el metro la acción que no en la historia». Las restantes evocan la hazaña de Rodrigo de Uriz, Corbarán de Lehet, Fernando de Ayanz, Carlos de Artieda y el Barón de Garro, quienes «en peligro y la vida despreciando, / la acción más arrestada previnieron / que las campañas militares vieron» (octava XII). A los detalles del hecho de armas (su estratagema de disfrazarse de carboneros, el asalto a la prisión, etc.), se suma la historia de amor de Corbarán y Elvira (las dos acciones se imbrican porque la dama es pretendida también por Enrique de Neuvil, uno de los dos guardianes del rey navarro).

La «Oda. El amanecer» es un romance endecha con rima é-e que describe los sonidos, los cambios de luz y el inicio de las actividades humanas en ese momento del día, y acaba: «Oh deliciosas horas! / ¡Feliz una y mil veces / aquel que disfrutaros / en paz dichosa puede». Siguen dos sonetos: el titulado «Desdén provechoso» toma como motivo central el del preso que, una vez libre, ofrece como exvoto su cadena. Aquí el yo lírico, librado de los peligros del amor, da en ofrenda su alma:

Huye animoso mísero forzado
del cautiverio que le tuvo en pena,
y ante las aras cuelga la cadena
en que vivió, infeliz, aprisionado.

Así yo, del amor escarmentado,
el alma toda de alegría llena,
cuelgo en las aras de la paz serena
el hierro que me tuvo esclavizado.

¡Oh desdén venturoso, que rompiste
prisión de tantos años en un día!
bendigo tus influjos celestiales.

Y para demostrar cuánto pudiste,
en vez de tabla ofrezco el alma mía,
y con ella la historia de mis males.

El segundo, «Prisión feliz», habla tópicamente de la felicidad del yo lírico atrapado en la esclavitud del amor. Vienen después dos anacreónticas: la primera, «A Celia», adopta la forma de romance endecha con rima é-o; el sujeto lírico pide un beso a la amada, por la que muere de amores. En la otra, dirigida «A la misma» (también romance endecha, ahora con rima í-o) le pide un suspiro «en pago de los míos». A continuación figura un poema «A la lindísima niña doña Manuela Téllez Girón, Alfonso Pimentel, hija de los excelentísimos señores Duques de Osuna, dándola los días»; como explícita el título, este nuevo romance endecha es un mero poema de circunstancias, escrito para felicitar por su cumpleaños a la niña Manolita, a la que presenta jugando con «alados amorcitos».

Mucho más interesante es el romance morisco «Abenzulema» que se inicia con la presentación del moro protagonista («El rayo de Andalucía, / el asombro de la guerra, / el honor de los Gazules, / el gallardo Abenzulema») galopando de Coín a Granada. No falta la consabida descripción de armas y vestiduras moriscas, ni la mención de una cifra o emblema, habitual en el género. Le espera la bella Zoraida, a la que su padre va a casar «con un moro mal nacido, / pero

rico en gran manera». Abenzulema se topa con un escuadrón de cristianos, mandados por Fajardo de Murcia, que ha capturado en la Vega de Granada a Zoraida y a su padre Aliatar. Pese a la inferioridad numérica, pelea con ellos, y el capitán cristiano elogia el arrojo del moro: «Valiente eres, africano, / gallardamente peleas; / en tu empeño reconozco / tu virtud y tu nobleza» (nos recuerda las palabras del moro cautivo a «aquel capitán de Orán» en el famoso romance de Góngora «Entre los sueltos caballos / de los vencidos cenetes...»). Fajardo le deja en libertad y suelta también a otros prisioneros. Ahora es el moro quien elogia la generosidad del capitán cristiano, en un combate de refinada cortesía, como sucede en la bella novelita morisca *Historia del abencerraje y de la hermosa Jarifa*. Una vez libres, Aliatar permite que Zoraida se case con Abenzulema.

«Mi amada. Cantinela» son 16 estrofillas de 4 versos pentasílabos con rima abbc' (en todas el cuarto verso tiene rima asonante aguda en -ó); el sujeto lírico, que ama a una pastora, le pide que se mire en la fuente para que pueda ver el retrato de la mujer a la que adora. Sigue una «Letrilla satírica», al estilo de las de Góngora, cuyas estrofas se rematan con el estribillo «Andar», donde Rodríguez de Arellano satiriza a un «pobre estudiantón», al «politicón profundo» petardista y estafador, a una mujer liviana, a una buscona, al mercader ladrón, a un hipócrita de la religión y a una vieja celestina.

Esta primera parte se remata con varias piezas breves: el «Cuento», que comienza «De un rico dorado coche...» (se trata en realidad de una simple anécdota); un epigrama burlesco, «A la mi dulce señora», que sigue un esquema paródico habitual; otro que comienza «Doce calvos casualmente...» (burla de ese tipo cómico); y la fábula «El mono y las castañas», un romancillo de versos pentasílabos, con rima á-a, que refiere una industria del mono de Marica, el cual se vale de un gato para que le saque las castañas del fuego.

La sección segunda se abre con una oda «Al Excelentísimo Señor Marqués de Santa Cruz en el feliz nacimiento de su primogénito el Excelentísimo Señor Marqués del Viso», poema de circunstancias de ecaso interés (son 17 estrofas con 7a 7b 7b 7a 7c 11C). En cambio, el soneto «Esperanza perdida», es más notable:

Dispone, labra y siembra con fatiga
próvido agricultor fecundo suelo,
que ofreciendo primicias a su anhelo
le lisonjea en una y otra espiga;

mas tempestad furiosa y enemiga
fuego y piedras arroja desde el cielo,
y a mirar que fue inútil su desvelo
con imprevista crueldad le obliga.

Así yo, ¡ay triste!, cuando Dios quería,
lisonjeado de amoroso encanto
me vi cercano a un bien que apetecía;

perdíle, y la esperanza troqué en llanto:
¡fiero rigor perder en un solo día
lo que cuesta adquirirse tiempo tanto!

Figuran después dos anacreónticas más, que son dos romances endecha con rimas á-a e-í-a: en «A Laura», la voz lírica, a punto de ser alcanzada por el hijo de Citeres, comenta: «¿Conque no habrá remedio? / Si le hay, hermosa Laura: / escóndeme en tu pecho, / que amor allí no alcanza»; en «Las dos tórtolas», Silvio pide a su amada Idalba que no separe nunca a dos avecillas que se aman. El soneto que sigue, «¡Qué miseria!», merece ser transcrito:

Larga carrera amar, la vida breve;
duro el principio, y lleno de tormento;
dudoso el acertar y, a par del viento,
es la ocasión precipitada y leve.

Por más que su doctrina blanda apruebe
Cupido de su escuela en el asiento,
mil penas suele dar por un contento,
y éste tan frágil como al sol la nieve.

Verdugo del deseo es la esperanza;
los celos furia son, y luego llega
la posesión del tedio a los umbrales.

Y sin embargo, ¿tanto aplauso alcanza
secta tan vil, en sus engaños ciega?
¡Mísera condición de los mortales!

La «Carta del autor a don Estanislao Solano, su íntimo amigo, quejándose de su olvido» está basada en su comienzo en la enumeración de *imposibilia*. Son 23 estrofas (sexteto-liras) que riman 7a 7b 7a 7b 7c 11C en las que el yo lírico reprocha a Tansilo que se haya alejado de su amistad, y acaba con la exhortación: «vuelve, ven a mis lazos, / y eternos duren tan amantes lazos». Jocosos es el «Memorial que, en estilo burlesco, compuso el autor para un íntimo amigo suyo...»; en 12 décimas retrata a un personaje que lleva once años ejerciendo de abogado, pasando hambre, tan flaco que sus amigos, para verle, tienen que usar un microscopio...

La canción «A la indiferencia de Celia» es una silva que desarrolla, en sus 6 formas estróficas, los viejos tópicos de la amada enemiga que con sus desdenes va a causar la muerte de su amante Silvio. «El pajarillo consolador» es un romance en á-a: el ave canta a su amada, encerrada en una jaula, y la consuela diciendo que juntos disfrutarán su amor en libertad. Cierta resonancia tuvo su letrilla «Madre, la mi madre» (pp. 146-50), un diálogo entre una niña enamorada de un doncel y su madre, que le advierte que el único remedio para su mal de amores es el matrimonio. Es un romancillo hexasílabo, con rima aguda en é, que fue imitado por Navarro Villoslada, entre otros.

En «Despedida», romance de rima á-e, la voz lírica se despide de las «pastoras del Manzanares» porque su amada Celia (nombre elocuente) está celosa y le pide que se aleje para vivir como un solitario: «Solo con mis pensamientos, / ya en el monte, ya en el valle, / cantaré dichas de amores / en mis dulces soledades». Sigue la «Imitación de la célebre canción que se atribuye a Bartolomé Leonardo de Argensola, y empieza «Ufano, altivo, alegre, enamorado», &c., y es del Doctor Mirademescua»; a lo largo de las 6 formas parastróficas de esta silva, el amante de Fílida enumera varios símbolos: una

paloma capturada por el gavilán, un caballo que se desboca al estallido de un trueno derribando a su jinete, el viento del norte que desnuda de flores al almendro, el soldado que se acerca a beber a un río y cae herido por una bala perdida y la vid y el olmo separados por cruel ségur. Comenta que su corazón amaba,

¡mas ay!, que su deseo
fue la paloma viuda y sin empleo,
fue el muerto caminante,
fue el almendro marchito en un instante,
fue el mísero soldado,
la vid cortada, el olmo destrozado,
pues por modos fatales
de todos juntos padeció los males.

Las últimas composiciones de estas *Poesías varias* son: el «Cuento» que empieza «Un marinero que ocho años...»; el soneto «¡Qué me queda?» (el sujeto lírico se lamenta de que sólo le quedan los remordimientos de su pasada juventud de vicios); una «Letrilla satírica», cuyo estribillo es «¿Y qué tenemos con eso?», en la que las figuras satirizadas son el médico matasanos, el cochero enriquecido que se las da de caballero, el pícaro que murmura de honras y vidas ajenas y el hombre que, una vez ha medrado, olvida los favores recibidos; dos fábulas, «El cuerdo y el necio» (romancillo hexasílabo de rima á-a; uno trata de pegar a las moscas con una vara, mientras el otro las atrapa con un plato de miel; y la moraleja es: «Con miel, no con palos, / las moscas se cazan; / lo que no la fuerza, / el agrado alcanza»); y «La águila y el zorro» (en 9 redondillas se cuenta la historia del águila que no puede abrir una ostra para comerla; el zorro le dice que la arroje y, al golpearse, se romperá; así lo hace, pero entonces el zorro se la lleva: «De esta fábula el espejo / nos deja bien avisados, / que de los interesados / nunca es seguro el consejo»); tres epigramas, el que empieza «De un clavel en la frescura...» (Cupido, preso en los labios de Fili); otro cuyo primer verso es «De parto estaba, y penoso...» (el doble sentido de la expresión final sugiere que Lucas es un marido engañado); y «En el jardín de Cupido...» (Irene se ha pinchado con las espinas de unas rosas); en fin, dos «Cuentos», «Una misma habitación...» y «En Cádiz una gitana...», que son de nuevo meras anécdotas o chistes versificados.

Sin duda alguna, lo más interesante de estas *Poesías varias* de Vicente Rodríguez de Arellano son los sonetos, las letrillas a lo Góngora (salvadas, claro está, las distancias) y el romance morisco «Abenzulema». También podrían salvarse algunas de sus composiciones jocosas y burlescas, en las que el autor puede lucirse con juegos de palabras como estos: «Pronto oiré que perdí / mi flaco vital estambre, / pues no puedo comer de hambre / y el hambre me come a mí» (p. 131); «verme con tantas banderas / me ha de dar alferecía» (p. 133), etc. Terminaré recordando que en el volumen 67 de la BAE, *Poetas líricos del siglo XVIII*, tomo III, ed. de Leopoldo Augusto de Cueto, Madrid, Imprenta de los sucesores de Hernando, 1922, pp. 549- 53 se seleccionan algunas poesías de este poco conocido escritor navarro, precedidas de una breve «Noticia biográfica».

AGUSTÍN SANCHO SANZ

(Madrid 28 XII 1920 - Pamplona, 11 IX 1996)

Llevo cincuenta años de mi vida
tratando de olvidar lo que no puedo,
como es la lucha aquella que sin miedo
en el ruedo de España fue emprendida.

Cincuenta años también lleva mi herida
que tan hurgada ha sido con el dedo,
que no fui espectador mirando al ruedo
sino que tomé parte en la corrida.

Medio siglo después de la cornada,
horada en el recuerdo lo astifino
del toro que lidiar me tocó en suerte,

y más viendo que no sirvió de nada
beber el vaso aquel de agriado vino,
cuyo sabor perdura hasta la muerte.

*Si digo España, digo inmenso prado,
ruedo inmenso, furor; si España digo,
digo piedra de ayer, campos de trigo,
digo clima benigno y soleado.*

*Si digo España, digo su pasado,
su presente es aquel que va conmigo;
si digo España, con España ligo
pastos de amor con toro apuntillado.*

*Si digo España, multiplico el llanto,
que la pena en los ojos multiplica
la pasión con que a España se la siente.*

*¡Ay, esta España que nos duele tanto...!
Que de tanto dolernos no se explica
cómo no se nos hace indiferente.*

Tengo miedo a perder la compañía
que tu respiración entrecortada
pone todas las noches en la almohada,
acompañada siempre de la mía.

Y pena tengo a verte cada día
como una rosa mustia y deshojada,
en un cuaderno viejo bien guardada,
que oculta entre sonetos su agonía.

Que no da mi rosal ninguna rosa,
y que este corazón con el que vengo
no tiene ya jazmines ni azucenas.

Siento más la tristeza que otra cosa,
sabiendo que es Noviembre el que yo tengo,
y que pronto Diciembre habrá en mis venas.

*Soy Diego de Velázquez, de Santiago
soporto humildemente su venera,
soy criado del rey como cualquiera
de los que se le inclinan con halago.*

*Lo mismo que el barbero es lo que hago,
que los dos conocemos la manera
de evitar que otra gente, la extranjera,
conozca en sus mejillas el estrago.*

*No sólo pinto al rey, al cortesano
también pinto, al beodo y al enano,
pinto las hilanderas, las meninas*

*y una Venus pinté frente al espejo.
Ahora cansado, pensativo, y viejo,
con sobras se me paga en las cocinas.*

A soltar en san Pedro una paloma
que le lleve hasta el Papa mi mensaje
vengo a Roma, mi amor, trayendo el traje
de los domingos, que es domingo en Roma.

Quitándome de encima la carcoma
y manteniendo firme mi coraje,
llego a san Pedro, tras un largo viaje
en un potro sin bridas y sin doma.

He de llevarme luego, a mi regreso,
la bendición que el Papa me dio un día
estando en Roma como peregrino.

Y en las mejillas, para siempre, el beso
de una romana, que con alegría
me dio para consuelo del camino.

Pasó una vez un hombre por la tierra,
se llamaba Agustín, le conocías,
él amaba su paz y halló la guerra,
una guerra interior, todos los días.

No fue el hombre de Dios, sino el humano
mortal de trapo, tela no embreada
clamando a Dios, constantemente, en vano
clamando a Dios, y Dios como si nada...

...y Dios como si nada. Indiferente
a tanto llamamiento desoído,
pasó Agustín en medio de la gente
por esas cosas hechas al olvido.

Cuando la rosa, con su olor, derrama
sobre mí su perfume delicado,
comprendo que el olerlo no es pecado,
sino que es Dios quien mi atención reclama.

Cuando el jilguero, con amor, me llama
desde la rama en la que está posado,
comprendo la misión que Dios le ha dado,
que es el hacerme ver cuánto me ama.

Cuando la pena sigue siendo pena,
pese al esfuerzo que hace cada día
mi corazón por mantenerla ajena,

pienso que es Dios el que la pena envía,
y me consuelo, cuanto más me apena,
pensando que es tan suya como mía.

Creo en Dios firmemente, amigo mío;
aunque no me lo creas, creo y creo
que ese Dios me acompaña en el deseo
de no verme a tus ojos tan vacío.

Creo en Dios, y me creo como un río
que camina a la mar, en donde veo
tan la mano de Dios, que pajareo
como el ave su nombre en el estío.

Creo y quiero creer como creía,
como pude creer cuando aquel día
se abrió mi corazón a la ternura.

Creo en Dios, y me creo así arraigado
firmemente a ese Dios que me ha creado
con un barro mortal y un alma pura.

VICTORIANO CRÉMER

VILLANCICO 1998

Nacer para ser clavado
en un madero, no sé
para qué,
si el hombre, que no consigue
vivir en paz, no te ve,
para qué
tanta sangre derramada,
dice a la Esposa José,
para qué
si en el mundo que creaste
no hay amor, ni paz, ni fe,
para qué.

VÍCTOR MANUEL ARBELOA

VILLANCICO BÍBLICO

(Sobre Isaías, 9 -16)

*La Virgen galilea
dio a luz un hijo:
Dios con todos nosotros,
Dios hecho niño.*

Una luz pura
para un pueblo sombrío
que andaba a oscuras.

Todo se alegran.
Como los segadores
tras de la siega.

Tú les has roto
los yugos del tirano
sobre sus hombros.

Pasto del fuego
serán sus opresoras
botas de hierro.

Nos ha nacido
quien en sus manos tiene
el señorío.

No tendrá fin
sobre el trono perenne
del rey David.

*La Virgen galilea
dio a luz un hijo:
Dios con todos nosotros,
Dios hecho niño.*

AL ALBA

*«Al alba venid, buen amigo...»
(Cancionero Musical de Palacio)*

***Al alba venid,
al alba,***

*Mi niño, a quien yo quería,
venid al alba del día.*

*Mi niño, a quien yo esperaba,
venid a la luz del alba.*

*Venid a la luz del día
de vuestra madre María.*

*Venid a la luz del alba,
pues sois Vos el que nos salva.*

***Al alba venid,
al alba.***

NIÑO JESÚS COMO VILLANCICO

Villancico de cielo,
nana viviente,
música de esperanza,
compás de nieve.

Villancico de carne
sobre el pesebre;
como los niños pobres,
triste y alegre.

Villancico de vida,
canto rebelde,
villancico que planta
cara a la muerte.

La poesía aquí

En compañía de **Patricio Hernández**, el poeta y profesor navarro **Javier Velaza** presentó en el Ateneo navarro, el día 5 de mayo, su poemario «De un Dios bisoño», con el que ganó el premio José Hierro de 1997.

El 25 del mismo mes **Carlos Baos** presentó el poemario de **Alfredo Díaz de Cerio**, «Campos de ceniza».

Tres días más tarde, **Tomás Yerro** dio la bienvenida en la Casa de Juventud de Pamplona a la tercera antología poética Bilaketa, que incluye a 36 poetas, 8 de ellos navarros.

El cordobés **Rafael Espejo** ganó el premio de poesía Ciudad de Tudela, y **Alfredo Díaz de Cerio** el accésit. **Ángel González** y **Patricio Hernández** fueron los miembros del jurado.

María Dolores Mayo Canuria fue la ganadora del segundo premio de poesía **Ángel Urrutia**, el 25 de junio. Fueron miembros del jurado: **Inatxi Galarza**, **Carlos Baos**, **José Javier Alfaro** y **Javier Velaza**.

«Ab initio» es el título del libro de poemas y relatos de los jóvenes pamploneses, editado por ellos mismos, **Josemi Pinilla**, **Javier Remírez de Esparza**, **Sergio Arizcuren**, **Víctor Armisén**, **Gorka Beunza** e **Iñaki Urricelqui**.

La consejería de Educación y Cultura del Gobierno de Navarra ha editado el libro «Hitz neurtuzko Lanak» (Trabajos de palabras medidas) del capuchino **P. Policarpo de Iráizoz** (Agustín Zarranz Bermejo, 1897-1980), escritor fecundo, filólogo y profesor de lenguas clásicas y europeas en Lecároz, vascófilo eminente. La edición ha sido preparada por el **P. Francisco Ondarra**, académico de la Real Academia de la Lengua Vasca, como el P. Policarpo.

A los 91 años el ex alcalde de San Adrián, **Pío Muerza**, acaba de publicar su segunda «Sementera generosa», prologada por su hijo José Antonio y epilogada por su sobrino Salvador.

El poeta tudelano **José Javier Alfaro** se hizo en julio con el primer premio Virgen del Carmen, con el poema «Tres momentos para entender el mar». Y, tres meses más tarde, consiguió uno de los cinco accésits del concurso convocado por «El País Digital».

El día 20 de octubre se presentó en el Ateneo el libro de **Iñaki Desormais** «El Yelmo de Mambrino» (premio a la creación literaria del Gobierno de Navarra 1997), que lleva prólogo de **Juan Ramón Corpas**.

Y, en fin, **Fernando Luis Chivite** ganó el premio de poesía en castellano de la XXIX edición del concurso literario Ciudad de Irún con su poema «Calles poco transitadas».

Otros géneros literarios

El profesor **Juan Antonio Arbeloa Arbeloa**, natural de Aibar, y vecino de Barañáin, publicó en mayo su primer libro de narraciones, «Relatos aciagos».

El periodista arguedano, **Jesús Zubieta**, vecino de Cintruénigo, obtuvo, el día 29 de ese mes, el primer premio del quinto certamen de narrativa breve de la localidad carbonera.

Daniel Ruiz y **Francisco Javier de Parda**, fueron los ganadores, en la categoría de narrativa y ensayo, del segundo certamen Encuentros 98, organizado por el Instituto de Deporte y Juventud del Gobierno de Navarra.

El profesor de la Escuela de Teatro de Tandil, de Buenos Aires, **Raul Omar Echegaray**, vio premiada su obra «En el reino de Amarguria» en la séptima edición del concurso de Textos teatrales para público infantil, organizado por la Escuela Navarra de Teatro. El premio en euskara quedó desierto.

José Ignacio Pérez de Juan y **Andoni Uzkeda Mateo**, ganaron los premios del décimo concurso de narrativa, «Pedro de Atarrabia», convocado por el Ayuntamiento de Villava, en su versión castellana y euskérica, respectivamente.

En el Museo Gustavo de Maeztu presentó **Pablo Antofiana** su última obra, «Tierra Estella», recolección de artículos publicados, junto con creaciones inéditas.

Y en Arróniz, su pueblo natal, **Margary Sanjuán** daba a conocer su obra «Arróniz, memoria, costumbres y tradiciones».

El día 17 de septiembre **Pipe Cambra** llevó al Ateneo Navarro su segunda novela «Pensión de luz y dolor».

EL vencedor de la XXII edición del certamen internacional de narrativa «Tomás Fermín de Arteta», organizado por Bilaketa, ha sido el donostiarra **Juan González Andrés**, con «Una temporada en el infierno».

Nuestro ex compañero de redacción, **Juan Gracia Armendáriz**, y el director de la Pamplonesa, **José Vicente Egea**, acaban de conseguir, respectivamente,

los premios a la creación literaria y a la composición musical 1998, cocedidos por la Consejería de Educación y Cultura del Gobierno de Navarra. «Queridos desconocidos» y «Cuartetos para cuerda n° 1 han sido los títulos premiados.

* * * * *

Hemos recibido las revistas: «Le Courier du Centre Internationale d'Études Poétiques» (Bruselas), «Norte» (México), «Manxa» (Ciudad Real), «Carta de la Poesía» (Madrid), «Revista de Estudios Hispánicos» (Universidad de Puerto Rico) y «Mairena» (San Juan de Puerto Rico).

Y los libros de **Manuel de Puebla**, «La lucha con el ángel» (San Juan de Puerto Rico); **Juan Antonio Arbeloa**, «Relatos aciagos» (Pamplona); **Alfonso Pascal Ros**, «Las razones del Príncipe» (Pamplona); **Manuel Ríos Ruiz**, «La memoria alucinada» (Madrid); **Carlos Frühbeck de Burgos**, «Todo lo demás no vale la pena» (Burgos); **Fredo Arias de la Canal**, «Antología de la poesía cósmica canaria», II (México); **Francesco Petrarca**, «Secretum meum», con prólogo de Fredo Arias de la Canal (México), así como de **Juan Gutiérrez Gili**, «Seis poemas de surco y estela (Terrasa).

Asimismo, los trabajos de nuestro colaborador bilbaíno **Gregorio San Juan**, «Nuevo asedio al Dante»; «Introducción a la Poesía chilena»; «Juan Larrea, archivero, bibliotecario y arqueólogo»; «Itinerarium mentis in Johannem» (Larrea); «Eu, poeta gallego»; «El movimiento de las ideas a través de la literatura española del siglo XVII»; «Ramón de Bastera y nosotros», y «Gabriel Moral, un filósofo en la encrucijada de Euskadi». También el estudio de **Joseph Albéniz Fornells**, «Escritores llatines a l'antiga Roma».

Nos ha llegado igualmente, desde San Justo, Guantánamo (Cuba), una amable carta, que combina elogios y críticas acertadas sobre nuestra revista, de Víctor Hugo Purón Fonseca, que agradecemos hartos.

CAJA  **PAMPLONA**
Caja de Ahorros Municipal de Pamplona